

# STARCRRAFT®

LEGACY OF THE VOID™



**BILZARD**  
ENTERTAINMENT

BLIZZARD ENTERTAINMENT

# Sector Seis

Por Micky Neilson

El grito pareció ser eterno.

Cualquier veterano que se preciase de serlo sabía que al perforar el alimentador de plasma del guantelete de un camazote con un tiro certero, el pobre infeliz se cocinaría vivo dentro de su propio traje apenas intentase activar el lanzallamas Perdición. Un claro ejemplo era esa espantosa figura que agitaba los brazos mientras saltaba enloquecida sobre el sucio "terreno" de Beta Saul. Los gemidos de agonía podían oírse a través de los altavoces externos del estúpido traje anaranjado, a pesar de que los servos aún mantenían erguida la coraza.

El comandante Dorian no podía mentirse a sí mismo: disfrutaba al oír a ese pirata de mierda que aullaba como un skalet espetado.

Finalmente, los aullidos terminaron y el traje cedió en sus esfuerzos por mantener de pie a su ocupante. La coraza se desplomó, se hundió en el fango y acabó cubierta por la densa niebla.

El "aire" de Beta Saul, desde el suelo hasta la exósfera, era un cóctel abominable de gases mortíferos, condensados hasta imposibilitar la visibilidad a la altura de un metro sobre la superficie. Eso que llamaban "superficie" era un barro espeso, salpicado esporádicamente por extrañas formaciones que se asemejaban a troncos resacos, algunos de apenas dos metros de alto, y otros con el doble de altura de un hombre.

Ahora, lo único que quedaba del camazote eran los tanques que sobresalían de la parte trasera del traje. En los alrededores de la ciénaga yacían otros tres cuerpos, uno con una coraza plagada de púas tan obsoleta que a su lado el traje CMC de Dorian parecía nuevo y reluciente.

Los otros dos cadáveres lucían una mezcla de equipos que sólo podían recibir el nombre de "armadura" si se tratase de una broma de mal gusto. La nave de transporte que había traído a este escuadrón suicida había desaparecido en el cambiante cielo color bilis.

—¿Volvemos? —La voz de Spanneti resonó a través de los altavoces externos. Dorian giró pesadamente las botas en el barro para poder ver de costado a su subordinado a través del visor. Spanneti y él eran los únicos que se habían separado del escuadrón Brutal. A Spanneti le habían dado en la parte superior del brazo derecho, pero seguramente no era nada que la doctora Zimmerman no pudiese arreglar. La coraza de Dorian se había chamuscado cuando ese payaso con la antorcha intentó quemarlo, pero fue Dorian el que rio último. Y hasta pudo hacer una broma y decirle que la carne le gusta bien cocida.

—Sí, vamos a...

La voz cargada de estática de la sargento Bekkins interrumpió la frecuencia codificada del escuadrón.

—Señor, habla Bek. La carga era un señuelo. Vienen por el paquete. —Sonaba absoluta y apropiadamente calma (al menos para ella). Dorian alguna vez había dicho que era "inamovible". Spanneti estuvo de acuerdo y comentó que se había ofrecido varias veces para moverla un poco, pero ella siempre se había negado.

—¡Adelante! —le gritó Dorian a Spanneti. Los servos se encendieron y los dos hombres retrocedieron por el lodazal en dirección al templo Xel'Naga, una especie de estructura piramidal que se alzaba en medio de la niebla pútrida.

Otra voz resonó en los oídos de Dorian:

—Escuadrón Brutal, habla el comando. Informen su estado, cambio.

Como siempre, el comando no servía para nada. A Dorian le llevaría más tiempo explicar lo que estaba haciendo que simplemente hacerlo.

—Mi estado es ocupado. Sería mejor que *tú* me digas *a mí* tu ubicación y el tiempo estimado de llegada.

Se oyó un resoplido.

—El tiempo estimado es diez minutos. Cambio. —El oficial de comando sonaba malhumorado.

Incluso con la ayuda de sus armaduras CMC, Dorian y Spanneti necesitarían al menos un minuto para cubrir la distancia. El hecho de que los dos (sólo los dos) estuviesen en ese lugar era un verdadero riesgo, pero Dorian creía en tentar a la suerte. Después de todo, seguir las reglas al pie de la letra era para novatos. Los "expertos" que habían escrito esas reglas nunca se habían enfrentado a un rifle de asalto AGR-14.

A veces había que usar el sentido común. Apenas oyó el informe de contacto enemigo, Dorian había sospechado que se trataba de un señuelo. ¿Por qué otro motivo la nave de transporte habría pasado directamente sobre el puesto de vigilancia de Spanneti? El piloto quería que lo viesen y se concentrasen en él para dejar sin protección el verdadero objetivo de los piratas: la reliquia.

Por lo general se trataba de una reliquia, un artefacto o alguna cosa con un nombre extraño que nadie sabía pronunciar y con un propósito que nadie conocía.

Y esta reliquia no era una excepción. Era realmente vieja, y eso era todo lo que sabía Dorian. Todas las operaciones de la compañía se realizaban con "la mínima información necesaria". Así lo disponían los "niveles superiores", o sea la Fundación Moebius, que se especializaba (entre otras cosas) en investigaciones arqueológicas sobre civilizaciones alienígenas extinguidas largo tiempo atrás. Este no siempre había sido el trabajo del escuadrón Brutal. En el pasado había estado bajo las órdenes de Arcturus Mengsk, y el equipo había pertenecido por completo a las fuerzas de marines del Dominio. Sin embargo, después de algunos acuerdos secretos y reuniones a puertas cerradas, el escuadrón Brutal fue transferido a la Fuerza Moebius, el brazo armado de la Fundación Moebius.

Así que ahora era la Fundación Moebius la que daba las órdenes. Después de que la misión de exploración localizara este templo alienígena, que pertenecía a una raza milenaria conocida como los Xel'Naga, el escuadrón Brutal había sido enviado a buscar y recuperar la reliquia que se encontraba en su interior. Así de simple. Después de todo, los exploradores habían

informado que el planeta estaba deshabitado y que el templo estaba abandonado... Y era cierto, hasta que apareció el "Club de los jugadores" (estos grupos piratas tenían la increíble manía de elegir los nombres más ridículos del mundo).

La estructura alienígena pareció expandirse hasta llenar por completo el campo visual de Dorian a medida que él y Spanneti se acercaban a la entrada sur. Oyeron disparos, estruendos ensordecedores y luego tres explosiones enormes. A menos que Dorian estuviese equivocado, la artillería pesada era obra del especialista Cranston, el merodeador del escuadrón: un profesional de la artillería armado hasta los dientes que desparramaba granadas castigadoras como si fuese un soldado en licencia lanzando billetes en un bar de strippers.

Al rodear la base del templo, Dorian observó la nave de transporte del escuadrón Brutal que descansaba exactamente donde la habían dejado, a varios metros de distancia de la entrada de la estructura y a uno de los lados. También había un viejo navío. Dorian tuvo que admitir en su interior que los "Jugadores" no eran tan idiotas: habían colocado el navío en un ángulo opuesto a la nave Moebius y estaban usando las armas que tenían a bordo de su transporte, además de contrarrestar el fuego que provenía de la parte trasera de la nave del escuadrón, para mantener a los miembros del equipo de Dorian acorralados en el acceso al templo. Era una jugada típica de Zeus (ese era el nombrecito que había adoptado el presumido líder de los piratas). El escuadrón Brutal y Zeus ya se habían cruzado un par de veces en el pasado. Lamentablemente, el pirata se las había ingeniado para escapar una y otra vez, por lo general a cambio de la vida de muchos de sus jugadores. Sin embargo, siempre se las arreglaba para conseguir nuevos esclavos para su ejército.

Era claro que, en esta situación, los piratas albergaban la esperanza de engañar a la mayor parte de las fuerzas de Dorian para alejarlas. Después de todo, ¿qué clase de líder de escuadrón envía a sólo dos soldados a pelear contra una nave llena de enemigos?

Dorian sonrió tras su visor. Él sabía la respuesta a esa pregunta: un líder que siempre estaba un paso adelante. Esa clase de líder.

Y ahora estaba unos pasos atrás. Detrás de la posición de los piratas en la nave de transporte Moebius.

Dorian hizo una señal con la mano y Spanneti se detuvo. Los dos hombres levantaron sus armas y dispararon contra los piratas. Destrozaron a los miserables hijos de puta justo en el lugar donde los tres se habían ocultado, cerca de la nave de transporte. Y además, sí, también hicieron un par de agujeros en el casco externo de la nave y en las patas de la rampa.

Dorian, Spanneti, Bekkins y Cranston atacaron el navío con todas sus fuerzas. Hasta el soldado Hopper, el más joven y temeroso del escuadrón, disparaba desde su lugar. El casco del navío no resistiría mucho más tiempo, y el piloto lo sabía. El rugido del motor sacudió a Dorian, y la nave se elevó por el aire dejando una estela de color verde lima a su paso. Finalmente, surcó el espacio y se esfumó como un fantasma en la oscuridad de la niebla.

Spanneti fue a ver cómo estaban los demás. Zimmerman ya se había acercado para brindarles atención médica si lo necesitaban.

—Comando —llamó Dorian después de activar la frecuencia codificada—. Parece que la fiesta terminó. —Caminó hacia la nave de transporte del escuadrón y contempló los dos cuerpos que yacían en el lugar—. Vamos a...

¿*Dos* cuerpos?

Eran tres. Uno estaba usando una armadura CMC. Y había sobrevivido.

Una voz profunda y ronca irrumpió en la frecuencia abierta.

—Me dio, comandante, pero no fue suficiente para matarme. Usted es el que debería estar muerto. Usted y sus soldaditos de juguete. Pero no le gusta seguir el protocolo, ¿verdad? No actuó como todos los otros robots del Dominio, tan leales... Lo tendré en cuenta la próxima vez.

Era la voz de Zeus. Era él el que usaba la armadura CMC. Dorian podría haberlo matado. Había tenido en sus manos a ese miserable pirata. Y ahora se escapaba... otra vez.

*No esta vez.* En ese escenario, había sólo una dirección en la que Zeus podría haber escapado sin ser visto.

—Comando, habla el líder del escuadrón. Persigo al principal sospechoso, Zeus. Repito...

—Negativo, líder. Si el paquete está seguro, su única prioridad es entregarlo. Cambio.

Dorian podría haber usado su viejo truco: "¿Qué, cómo? ¡Se corta la conexión!". Sin embargo, después de las primeras veces, sus superiores ya se habían dado cuenta. Esta vez ni siquiera se molestó en intentarlo. Simplemente decidió no responder.

Spanneti hizo una señal con la mano para preguntarle si necesitaba ayuda. El comandante le hizo señas para que se alejara. No tenía sentido que *todos* recibiesen una reprimenda por desobedecer las órdenes.

Tras rodear una esquina inclinada de la pirámide, Dorian vio la figura de Zeus que se alzaba en terreno abierto, con el arma apuntando hacia él. Zeus disparó. Dorian disparó. Las púas atravesaron el aire y estuvieron a punto de desgarrarle el costado izquierdo. La descarga de Dorian dio de lleno en el brazo y el hombro izquierdos del pirata, y en el borde superior de la coraza, justo cerca de la cabeza. En ese instante, una masa enorme descendió súbitamente, formando gruesas columnas de humo putrefacto. En un segundo, la nave pirata bloqueó la línea de fuego de Dorian. Zeus quedó fuera de su visión y sin dudas estaba subiendo a la nave.

Dorian siguió disparando, pero las púas rebotaban contra la coraza de la enorme nave, que se elevó rápidamente y desapareció en el miasma.

\*\*\*

Varias horas más tarde, el comandante Dorian observaba pensativo a través de la ventana de una nave planetaria. Los asteroides surcaban el espacio, algunos del tamaño de una moto buitre, otros del tamaño de cruceros de batallas. A veces, volaban demasiado cerca como para no sentir cierta inquietud.

La computadora de la nave había sido programada con un rumbo muy específico para navegar el cinturón de asteroides llamado Revanscar. Un error de tan sólo un metro podía causar una pérdida de integridad. En realidad, esa era una forma elegante de decir que la nave se partiría en mil pedazos si era golpeada por alguna de esas rocas voladoras, y en ese caso todos sus ocupantes, incluido el escuadrón Brutal, saldrían despedidos al campo de asteroides, que era todo lo que quedaba del planeta Revan.

Ahora que había pensado en eso, no podía sacarse la imagen de la cabeza: Dorian y los miembros de su equipo flotando en medio de los escombros de un antiguo planeta, con una esperanza de vida de menos de 90 segundos en el vacío, o menos, porque también podían ser pulverizados por un proyectil de piedra volando a unos 25 kilómetros por segundo. Y la preciada carga, ese pedazo de piedra por el que habían arriesgado sus vidas, ¿cuánto duraría? Quizá mucho más que ellos. Después de todo, había sobrevivido todos estos años. Quizás encontrase un hogar permanente en el vacío frío y silencioso.

El piloto anunció que llegarían a la Fundación Moebius en unos minutos. Con una rápida mirada a través de la ventana, Dorian comprobó que se acercaban a la enorme roca que servía como base de operaciones de la Fuerza Moebius. Al acercarse, el comandante pudo tener una mejor vista de las instalaciones, que dominaban casi la mitad de la masa terrestre. La base estaba formada por extensas estructuras planas de neoacero que se desprendían desde un núcleo central como si fuesen los dedos de la mano de un gigante aferrado a la roca.

La nave sobrevoló varias torretas y se dirigió hacia el puerto estelar para aterrizar. Todos los procedimientos parecían demasiado lentos. Dorian estaba ansioso por liberarse de su carga y presentarse ante el mayor Braxton para conocer la próxima misión de su equipo, fuese cual fuese.

\*\*\*

—Olvídate de Braxton —le advirtió con rudeza el teniente coronel Sparks. Dorian estaba aprendiendo que Sparks siempre hablaba así, tal como cualquiera de sus superiores—. Ahora te reportas ante mí.

Dorian ya odiaba a este tipo. No entendía por qué todos estos soldados de escritorio tenían que actuar con desdén y faltarle el respeto para establecer su superioridad.

—Por supuesto, el mayor te estuvo elogiando y alabó tu maravilloso historial de operaciones. ¿Sabes lo que pienso? ¡Creo que no veía la hora de deshacerse de ti, para que fueses el problema de otro! Sospecho que es el mismo motivo por el que Arcturus te cedió a Moebius antes de estirar la pata: para deshacerse de un peso muerto. Oh sí, si tenemos en cuenta todos

tus éxitos, eres una estrella. Pero si miramos todas tus sanciones disciplinarias, eres sólo una basura inútil.

El escritorio del teniente coronel estaba immaculado, igual que el resto de la oficina. Dorian estaba seguro de que si pasaba el dedo por alguna de las menciones que adornaban las paredes, no encontraría ni una pizca de polvo. Las únicas dos cosas que había sobre el escritorio eran un holoprojector y un control remoto delgado y puntiagudo, e incluso estos dos objetos estaban colocados *con el mismo esmero*.

—¡Adivina! —siguió chillando el viejo pajarraco, que se pavoneaba detrás de su escritorio mientras Dorian permanecía en posición firme—. Ahora eres mi problema. ¡Y *no me gusta* tener problemas, comandante!

Dorian pensaba que ese pequeño control remoto con su extremo en punta podría servir perfectamente como un arma. Si la clavaba en el ángulo interno del ojo del teniente coronel, tenía el largo suficiente como para llegarle al cerebro.

Dorian se regocijó al imaginar a Sparks retorciéndose en el piso, aferrado al control mientras sangraba agonizante y escupía sobre los immaculados paneles.

—¿Y bien? —ladró Sparks.

—¿Sí, señor? —respondió Dorian. No se había dado cuenta de que se había aislado por completo de los rezongos de ese viejo perro. Es cierto que de vez en cuando fantaseaba con asesinar personas, pero casi nunca *con tanto detalle*.

—Te pregunté si se te ocurría alguna idea inteligente sobre los motivos por los que no le mando tu inservible carcasa a algún otro desgraciado. Se nota que no. El motivo, mi ignorante amigo, es que no tengo personal. Así que, ¿te imaginas qué es lo que deberán hacer tú y tu equipo ahora?

—No tengo idea, señor.

Sparks había dejado de pasearse detrás del escritorio y tenía una mano apoyada en la cintura. Con la otra señalaba a Dorian mientras lo miraba desafiante.

—Se harán cargo de las tareas de seguridad, aquí mismo en la base. En el Sector Seis. La División de investigaciones avanzadas.

¿Tareas de seguridad? ¿Era una broma? ¿Harían de niñeras para cuidar a esos cerebritos de laboratorio y toda esa basura experimental? ¿Para protegerlos a ellos y a sus proyectos de quién? ¿O de qué? Nada podía atravesar ese campo de asteroides.

—¿No le gusta, teniente? ¿No se siente feliz? ¡Seguramente ya sabe que me importa un carajo! Apuesto cualquier cosa a que el viejo Braxton, donde sea que cumpla su nueva misión secreta, se está cagando de risa en este mismo momento.

De eso Dorian no tenía ninguna duda.

\*\*\*

—¿Qué clase de mierda es esta? —Spanneti estaba furioso. Con la cara cada vez más roja, agitaba las manos en el aire mientras vociferaba—. ¡Esto no es lo que hacemos!

Spanneti tenía suerte de *poder* mover las manos. Zimmerman había hecho un buen trabajo al curarle el brazo herido. Claro que había curado heridas mucho peores de los miembros del equipo en todos estos años.

El soldado Hopper se inclinó hacia adelante desde su asiento, con los codos apoyados en las rodillas.

—Esto no me gusta nada. Algo pasa. Hay algo que no nos dijeron. —Dorian solía acusar a Hopper de saltar al ver su propia sombra—. Es una mala señal —continuó—, nos expulsarán de la fuerza.

Hopper miró fijamente a Dorian. El muchacho no se atrevía a decirlo. De hecho, nadie había dicho nada aún, pero...

—¿Es porque perseguiste a ese pirata, Zeus?

Zimmerman no tenía miedo de decirlo. Estaba apoyada en la pared, con los brazos cruzados, y observaba a Dorian con una mirada de desaprobación. Todos sabían que Dorian siempre

lograba sacar de quicio a los oficiales del comando. Era así desde los días del Dominio. Una oleada de culpa estrujó el pecho del comandante. La cabeza, que ya le dolía intensamente, comenzó a latirle con mucha más fuerza.

—Todos saben que Braxton me la tenía jurada —respondió Dorian—. Casi desde el principio. Y sí, es posible que esta sea una suerte de venganza. Pero lo que yo sé es que cada uno de ustedes —Dorian los fue señalando con el dedo— es el mejor en lo que hace.

Miró a cada uno de los miembros de su equipo, sentados alrededor de la mesa de la pequeña sala de descanso. Zimmerman lo miraba con descreimiento. Spanneti asentía con la cabeza. Hopper se movía nervioso. Cranston, que había tenido un lavado de cerebro (una "resocialización neurológica"), se quedó mirándolo con los ojos bien abiertos y una leve sonrisa en los labios. Y Bekkins... bueno, Bekkins era Bekkins. Era imposible saber lo que pensaba, como de costumbre. Sin embargo, se masajeaba la sien con un dedo, y Dorian se preguntó si ella también tendría dolor de cabeza. Y además, había un levísimo brillo de sudor en sus brazos y cuello. Dorian y el resto del escuadrón llevaban camisetas y pantalones cortos, pero a pesar de eso en la sala parecía hacer más calor que el habitual. Dorian sintió que una gota de sudor le corría por su propia sien.

—Zimmerman —siguió Dorian—, tú colaborarás con el personal médico del Sector Seis durante la misión. El resto de ustedes, como ya les dije: turnos de guardia y tareas de seguridad. A aguantarlo. Una vez que Sparks se haya divertido un poco, volveremos a la batalla y a patear culos, como siempre.

No sabía en absoluto si esto era cierto, pero sin dudas era lo que había que decir. Spanneti se adelantó y habló:

—Nos salvaste el pellejo en medio del fuego en Braxis... Nos llevaste a la victoria en Korhal, la estación Ghobi, Pantera Prime... Carajo, si no podemos confiar en ti ahora, deberíamos abandonar todo. —Uno a uno, los demás asintieron. Incluso Zimmerman, aunque fue la última.

Dorian sonrió. Siempre era bueno saber que el equipo tenía fe en él, sin importar lo que pensase el comando.

—Eso es lo que quería escuchar, escuadrón Brutal.

El comandante dio por terminada la reunión porque el dolor de cabeza ya no lo dejaba pensar.

\*\*\*

Las primeras 48 horas fueron un tedio. Dorian tuvo que esforzarse para tratar de conseguir una respuesta de Sparks cuando le preguntó cuánto duraría la misión. El comandante esperaba que fuesen seis meses, que era el período habitual, pero en la Fuerza Moebius no había garantías de nada.

Los dolores de cabeza y la fiebre no habían cedido, pero como no tuvo otros síntomas de influenza, Dorian supuso que se trataba de algún virus leve. Los otros también se habían contagiado, pero como no afectaba el trabajo, no era realmente un problema.

El hecho más extraño había ocurrido la noche anterior, cuando se despertó a causa de un chillido agudo, algo que nunca había oído antes. El equivalente más cercano que podía recordar era el largo pitido que emiten los equipos de un hospital cuando un paciente se está muriendo. El sonido lo había despertado de su letargo, pero a los pocos segundos se había silenciado.

Al asomarse por su puerta, no había visto nada en la habitación ni en el pasillo del pabellón de oficiales. Supuso que había sido algún sueño extraño que no podía recordar, pero al salir de la Puerta 4 del Sector Seis, ya no estaba tan seguro. No podía sacarse ese sonido de la cabeza, y podría haber jurado que había seguido sonando unos segundos cuando ya estaba despierto.

Dorian deseó con todas sus fuerzas que encendiesen el aire acondicionado. El traje táctico que llevaba no lo ayudaba mucho. Aunque tenía mínima armadura, con un equipo CMC completo al menos podría manejar el control de temperatura del traje. Dorian miró la hora en el visor de sus auriculares. No quería ni pensar en las próximas dos horas.

Y entonces comenzaron los gritos.

No eran como el chillido que había oído en su sueño (si realmente había sido un sueño). Estos eran gritos que parecían humanos, el tipo de gritos desgarradores que lanzan las personas

cuando están por morir o *saben* sin ninguna duda que van a morir. Dorian había oído gritos parecidos muchas veces, generalmente interrumpidos por disparos.

*¡Boom! ¡Boom!*

Y ahí estaban los disparos.

Dorian ya se había puesto en movimiento. Rápidamente, deslizó su insignia por el escáner para abrir la entrada. Apenas se abrió la puerta la atravesó corriendo, con la culata de su rifle de asalto apoyada contra el hombro y mirando a derecha e izquierda. Se aseguró rápidamente de que el lugar estuviese despejado y siguió avanzando.

Una técnica del laboratorio salió corriendo a toda velocidad de una puerta a lo lejos, con la boca abierta y los ojos llenos de terror, a punto de caer al resbalar en el piso.

Por esa misma puerta se oyó otro grito. Y otro disparo. Y luego, silencio.

Dorian llegó a una esquina. Un hombre de pelo canoso que llevaba un guardapolvo blanco estaba parado cerca de una estación de trabajo, mirando un cuerpo inmóvil que estaba boca abajo. Era el de otro técnico que se desangraba sobre el metal reluciente. El hombre se quedó mirando a la víctima con una expresión ausente y los labios cerrados, mientras sostenía un tipo de arma compacta que Dorian nunca antes había visto.

El comandante siguió avanzando. Esperaba el momento en que el hombre levantase la vista y le apuntase con su arma para hacer dos breves disparos: uno al pecho y otro a la cabeza... Pero ese momento nunca llegó. Cuando Dorian se acercaba, el hombre lo miró y algo lo hizo pestañear: era como si lo hubiera reconocido. Pero luego, el maldito sonrió y dijo:

—Su sombra... se agiganta.

La respuesta de Dorian fue romperle la mandíbula con la culata de su rifle. Comenzó a sonar una alarma de emergencia. El viejo dejó caer su arma y comenzó a tambalearse hacia atrás, contra la estación de trabajo. Al caer, desparramó los equipos. Finalmente, su cuerpo se desmoronó pesadamente y no volvió a moverse.

\*\*\*

—El arma era un rifle de plasma experimental —explicó Sparks. Estaba parado detrás de su escritorio, con las manos en la cintura—. La robó de otro sector de la base.

Parado en posición firme, Dorian frunció el ceño.

—Y la llevó al Sector Seis, para matar gente, aparentemente al azar. Quisiera saber por qué. — Aunque Dorian había tomado algunas píldoras para el dolor de cabeza, no le habían hecho ningún efecto, y la migraña era cada vez más fuerte. Gusanos. Sentía que tenía gusanos excavando en su cerebro. Era peor que cualquier otro dolor de cabeza que hubiese sentido antes. Quizá se habría sentido un poco mejor si en la oficina no hiciese *tanto calor*.

—Bueno, esa es una tarea para los investigadores, ¿verdad? —argumentó el teniente coronel—. Tú no eres un investigador. —Sparks se inclinó sobre su escritorio, con los brazos separados y las manos firmemente apoyadas, como si reclamase la propiedad del mueble—. Eres un encargado de seguridad. Un agente de seguridad que dejó que dos personas muriesen en su turno.

—Quizá se podría haber evitado —respondió Dorian—, si algunos de los miembros de mi equipo hiciesen guardia *dentro* del sector.

—Ustedes hacen lo que yo les digo —contestó Sparks.

—Eso que le hizo perder la cabeza al anciano... ¿Era algo en lo que estaba trabajando? ¿Hay riesgos de que haya otro incidente?

Sparks respondió que todos los oficiales del Sector Seis llevarían armas de ahí en adelante. Luego siguió diciendo las clásicas estupideces sobre permisos y protocolos de seguridad, y repitió el viejo cliché de "la mínima información necesaria". Era cierto, el Sector Seis era un lugar especialmente clasificado. Nadie sabía cuál era el trabajo que se hacía en las recónditas profundidades de las instalaciones, aunque los rumores hablaban de experimentos de xenobiología.

Mientras el teniente coronel seguía chillando, una imagen invadió inesperadamente la mente de Dorian: se imaginó a Sparks, tal como estaba parado en ese momento, pero sin piel. Dorian pudo verlo con absoluta nitidez: sin ropa ni piel, slo una masa animada de músculos, tendones y venas... Sparks levantó las manos del escritorio y, en la mente de Dorian, dejó dos huellas de sangre en la madera.

Dorian cerró los ojos y contó hasta tres. Al abrirlos, vio la cara de Sparks retorcida de asco, como si Dorian fuera un pedazo maloliente de comida que acababa de vomitar.

—Deberías ver a un médico —le advirtió el teniente coronel, en tono acusador—. Te ves para la mierda.

\*\*\*

Dorian estaba de vuelta en su habitación, tratando de descansar un poco, cuando en su escritorio apareció la imagen holográfica de la cabeza de una adjutora, que le avisó que la sargento Bekkins había solicitado hablar con él en su habitación.

La habitación de Bekkins en las barracas de los soldados era una cueva helada. Le recordó a Dorian la temperatura de su propio recinto, que junto con las píldoras para el dolor, habían aliviado sus dolores de cabeza lo suficiente para seguir funcionando. Cuando Bekkins abrió la puerta se veía pálida y sudorosa, a pesar de que sólo llevaba una camiseta y pantalones cortos, y el aire estaba frío. Fue a sentarse en su litera. Dorian se sentó frente a ella en una pequeña silla.

—Algo anda mal —comenzó a decir Bekkins. Se inclinó hacia adelante con los hombros abatidos, mientras se rascaba el brazo izquierdo—. No sé qué pasa, pero... veo imágenes extrañas. Movimientos, sombras, cosas que no existen. —Lo miró y, por primera vez desde que Dorian podía recordar, su cara reflejó una emoción. Era apenas un atisbo, pero se veía claramente.

Era miedo.

—Siento escalofríos. Y también oigo cosas —agregó Bekkins—. Cosas detrás de las paredes. Como si las arañaran. Y a veces, oigo gritos. Gritos largos, eternos, y no tengo idea de dónde vienen. No duermo. Y cuando duermo es peor... Las cosas que sueño... Las cosas que hago en mis sueños...

Dorian no respondió de inmediato. Se notaba que ella necesitaba desahogarse.

—Y no soy sólo yo —siguió Bekkins—. A los otros también les pasa, aunque no tanto. Excepto Cranston, quizás... No hay forma de saberlo con ese caso de lobotomía. ¿Cuántas veces lo resetearon?

Dorian se encogió de hombros. Algunos rumores decían que la primera resocialización neurológica de Cranston había fallado y que había sido necesario repetir el procedimiento. Se decía que le habían realizado la operación varias veces, lo que le causó un daño cerebral permanente. Ninguno de los miembros del equipo sabía realmente la verdad, ni siquiera Dorian. Lo único que sabía el comandante es que Cranston era un soldado eficaz.

Bekkins siguió hablando:

—Todo esto empezó cuando capturamos esa cosa en Beta Saul. Yo fui la que la vio, la que la tomó y la transportó... Me dio escalofríos. Y los sigo sintiendo.

—¿Consultaste al médico? —preguntó Dorian.

Bekkins sacudió la cabeza.

—Todavía no. Estas cosas... No quiero que el comando se entere. Lo único que me falta es que me echen por motivos psiquiátricos.

—Bien —dijo Dorian, mientras pensaba su respuesta con cuidado—. Yo también estuve un poco... mal. Quiero que te revise un médico, al menos para que vea los síntomas físicos. Y que el resto del escuadrón haga lo mismo. Tal vez... tal vez nos pescamos algo cuando estuvimos en ese lugar, a pesar de los trajes. No sé. O en el camino de vuelta. Quizá los médicos puedan resolverlo...

Se oyó un pitido en la mesa junto a la que estaba el comandante. El holoprojector mostró la cabeza de una adjutora.

—Sargento Bekkins, tiene una llamada de audio del soldado Hopper —dijo la imagen.

—La acepto —respondió Bekkins.

Se oyó la voz de Hopper a través de la base del proyector.

—Sargento, soy Hopper. ¿Ha visto a Spanneti?

—Pensé que estaba de guardia —contestó Bekkins, con una mirada de interrogación dirigida a Dorian. El comandante asintió y le confirmó la información.

—Sí, yo soy su relevo —explicó Hopper—, pero cuando llegué se había ido. Él nunca deja su puesto. Estoy preocupado...

Hopper siempre se preocupaba. Sin embargo, lo que le inquietaba a Dorian es que en este caso sus preocupaciones podían tener un motivo fundado.

\*\*\*

Cuando Dorian llegó, Hopper iba y venía con pasos nerviosos frente al Depósito B, donde tenía que relevar a Spanneti. En el Depósito B se guardaba la reliquia que habían traído de Beta Saul.

—¿Lo encontró, señor? —preguntó el muchacho mientras se limpiaba el sudor de la frente.

Dorian se detuvo y contempló la puerta del depósito. Pensó en lo que se escondía del otro lado y quedó paralizado e hipnotizado temporalmente.

—No —respondió. Y sin detenerse a pensar en lo que hacía, se acercó a la puerta y deslizó la insignia que tenía en la manga por el lector.

—Tenemos... tenemos prohibido entrar ahí —balbuceó Hopper.

—Ya lo sé —respondió Dorian mientras la puerta se abría.

Dio un paso adentro, y la puerta se cerró a sus espaldas. Era una habitación despojada, de tamaño medio, iluminada por brillantes luces blancas colocadas en el techo. En el centro de la habitación había un podio, y sobre ese podio descansaba la reliquia. Parecía un objeto tan simple: una losa rectangular de color negro, que a Dorian le llegaría a la cintura, con bordes levemente doblados hacia adentro en el centro y curvados, lo que le daba un cierto aspecto... extraño. No había mucho para mirar. Y sin embargo, Spanneti estaba parado a un metro de esa cosa, sin sacarle la mirada de encima.

No dio señales de detectar la presencia de Dorian. Estaba parado, absolutamente inmóvil, con la cabeza inclinada, los brazos junto al cuerpo y la mirada fija, como si estuviese sumergido en una profunda hipnosis. La boca entreabierta y su postura despertaron un recuerdo siniestro en Dorian: el del técnico loco parado junto a su víctima.

—Spanneti —lo llamó Dorian.

No hubo respuesta.

—¡Spanneti! —gritó más fuerte esta vez. Su voz resonó en las paredes.

El soldado parpadeó, levantó la cabeza y miró a su alrededor.

—Ah —murmuró—. Qué tal, señor.

—Hopper te relevó hace 15 minutos —dijo Dorian.

La mirada de Spanneti seguía siendo distante, como si estuviese soñando despierto. Tragó saliva y respondió:

—Eh... Creo que perdí la noción del tiempo.

Dorian observó la reliquia. Había algo raro. Algo incomprensible, algo en su piel de ónix que hablaba de inmensos abismos entre las estrellas.

Con cierto esfuerzo, Dorian dejó de mirar el objeto.

—No puedes estar acá —le dijo a Spanneti.

—Sí, señor —respondió Spanneti—. Yo no... ¿Estoy en problemas?

Dorian giró y deslizó su insignia por el lector.

—No —respondió—, pero ya mismo te llevo al área médica.

\*\*\*

A todo el escuadrón Brutal le recetaron medicamentos para la influenza. Dorian sospechaba que casi todos (o todos) los demás sabían que lo que tenían era algo mucho peor.

Quiso hablar con el técnico loco, que estaba encerrado en una celda de aislamiento en algún lugar del Sector Seis. Desde luego, el teniente coronel Sparks se negó a autorizar su acceso.

Dorian tenía sus mañas para eludir ese tipo de obstáculos. Sin embargo, en este caso necesitaba un cómplice. Alguien de adentro.

Necesitó 15 largos minutos para convencer a la teniente Zimmerman de que sus motivos eran justificados. Zimmerman era una de los médicos a cargo en el Sector Seis y, por lo tanto, su nivel de acceso era mayor que el de Dorian. También era la médica a cargo de la atención del profesor Benz (ese resultó ser el nombre del técnico que se había vuelto loco).

Zimmerman también había estado oyendo y viendo cosas extrañas, lo que la había sumido en un estado de confusión que la sobrepasaba. Había recurrido a un régimen de tratamientos que ella misma se administraba, un cóctel que había creado y que reducía sus "síntomas", aunque también le causaba cansancio. Le había dado una variante de ese brebaje a Benz. El estado del profesor, según le contó en tono confidencial, era "extremo". No quiso entrar en detalles. Sólo se limitó a decir que, si bien no había podido diagnosticar la causa del trastorno, creía que estaba relacionado con la reliquia, y posiblemente con experimentos en xenomorfos vivos que se realizaban en los rincones más apartados del Sector Seis, en un área llamada "Ala negra".

Dorian quiso saber cómo había obtenido la información. En cuanto a la reliquia, Zimmerman se enteró de que el profesor Benz había sido el técnico principal a cargo del análisis de la pieza. Según lo que pudo averiguar, el anciano nunca antes había mostrado señales de hostilidad antes de esa tarea. En cuanto al resto de la información, en el área del comedor Zimmerman se

había hecho "amiga" de un empleado de seguridad que estaba interesado en ella. El trabajo de este hombre era vigilar las transmisiones de las cámaras de todo el Sector Seis. Según le había confiado, en el "Ala negra" *no había* transmisiones de cámaras.

Aunque Zimmerman no creía que su admirador estuviese "contaminado", veía que mostraba algunas señales de paranoia. No obstante, la médica pensaba que sus sospechas tenían algún fundamento. Sus superiores la vigilaban de cerca y le habían realizado dos evaluaciones psiquiátricas que evidentemente ella debía aprobar para seguir trabajando. A su enamorado también le habían hecho esas pruebas, y los dos pensaban que debían ser obligatorias para el personal más importante del Sector Seis. En cuanto a sus superiores, todos los oficiales de alto rango habían comenzado a utilizar un dispositivo en la oreja. Zimmerman no sabía exactamente qué era eso, pero oyó que algunos lo llamaban "bloqueador psiónico".

Durante toda la conversación, la doctora Zimmerman se mostró reacia a cooperar con el plan de Dorian. Sin embargo, finalmente llegó a la conclusión de que el riesgo de quedarse de brazos cruzados era peor que la posibilidad de recibir un castigo. Ella también estaba de acuerdo en que algo andaba mal, muy mal... y era tiempo de encontrar alguna respuesta.

\*\*\*

En la celda de Benz no había cámaras y nadie podía verlos. Había cámaras afuera y en los pasillos del ala de aislamiento y el Sector Seis. Para preparar todo, Zimmerman le había dicho a Watkins (ese era el nombre de su enamorado) que acompañaría a un especialista externo hasta la celda de Benz para que hiciese un diagnóstico más exhaustivo. Afortunadamente, gracias al enamoramiento de Watkins, Zimmerman sabía cuándo estaba libre y, por lo tanto, también sabía cuándo estaba en servicio.

Y por eso Zimmerman y Dorian sabían que probablemente era Watkins quien los observaba mientras avanzaban por un laberinto de corredores y recorrían los pasajes que comunicaban el Sector Seis con el ala de aislamiento. Aunque nunca antes había llegado tan lejos en el sector, Dorian sentía que el laberinto sólo se profundizaba, que en algún lugar más lejano se escondía el corazón oscuro de esas instalaciones, esperando como una araña en el centro de su red.

La mayoría de los técnicos ni siquiera levantaron la vista de sus estaciones de trabajo, y las pocas personas que se cruzaron en los pasillos no parecieron prestarles atención ni a Zimmerman ni al hombre vestido con un guardapolvo blanco de laboratorio que la acompañaba. De todas formas, era evidente que la médica estaba nerviosa. Se dirigió a Dorian con brusquedad para decirle que no veía la hora de terminar con esa "travesura". A pesar de los nervios, su apariencia era mejor que la de Bekkins. Zimmerman les había ofrecido algunas dosis de su brebaje especial. Dorian había tomado un poco y les había pasado el resto de las ampollas a los demás. Y tenía que admitir que ese insoportable dolor de cabeza se había transformado en una leve, aunque persistente, molestia.

Finalmente llegaron a la celda, y Zimmerman deslizó su insignia. La puerta se abrió y Dorian entró en la habitación mientras la médica esperaba afuera.

La celda estaba formada por tres paredes macizas y una cuarta pared que incluía un enorme ventanal de observación y la puerta por la que acababa de entrar Dorian. Había una sola cama que se extendía desde la pared opuesta al ventanal y un lavabo en una esquina, a los pies de la cama.

Las luces altas y brillantes dejaban ver una serie de símbolos pintados en las paredes blancas. A primera vista no parecían tener conexión, pero cuanto más los observaba Dorian, más le parecían relacionados con algún lenguaje pictográfico primitivo. Parecía haber un patrón, un orden secuencial: había pequeños elementos que aparecían en ciertos lugares y luego se repetían. Sin embargo, Dorian no pudo reconocer los símbolos. Sólo uno parecía un tanto familiar. Era el más grande, que dominaba gran parte del espacio en la pared sobre la cama de Benz: una figura erguida, con muchas extremidades, que se parecía un poco a los zerg y un poco a los protoss. Como las demás, esta imagen estaba pintada en diferentes tonalidades de rojo púrpura.

Benz vestía un uniforme blanco que no era de su talla. Estaba encorvado junto a la cabecera de la cama, en la pared opuesta a la puerta, donde estaba parado Dorian. La posición del comandante sólo le permitía ver la espalda del hombre que ejecutaba una tarea con cuidado en la pared, posiblemente para agregar más detalles a su obra en expansión.

—Profesor Benz —lo llamó Dorian. El hombre no respondió. Por el movimiento de su hombro derecho, parecía que el profesor se había cubierto la cara con la mano y luego regresado a su tarea en la pared.

—¡Profesor! —gritó Dorian.

El anciano giró apenas para poder ver al comandante. Sus mejillas estaban cubiertas de surcos, con marcas de arañazos y costras. Tenía los ojos muy abiertos y hundidos. La cara se veía demacrada, al igual que el resto de su figura. La barbilla con barba crecida y la parte delantera del uniforme estaban bañadas en rojo. Benz se metió en la boca un dedo también cubierto de rojo, lo movió un poco y luego sacó esa especie de pincel improvisado y siguió pintando.

Al mirar a los pies del profesor, Dorian descubrió dos dientes y comprendió con repugnancia que el anciano estaba usando sus propias cavidades sangrantes como un macabro tintero. Recordó que Zimmerman le había dicho que el estado del hombre era "extremo". *Sí, es una forma de decirlo.*

Dorian caminó y se paró junto a Benz, que ciertamente estaba agregando algo inescrutable a su última imagen. El comandante observó los brazos del profesor, que tenía las mangas recogidas: estaban cubiertos de marcas y heridas similares a las de la cara.

—Profesor, quiero hacerle algunas preguntas —dijo Dorian. Miró por encima del hombro en dirección al ventanal de observación, donde estaba Zimmerman. Si intentaba parecer tranquila, estaba fracasando rotundamente: no podía dejar de mover los ojos de uno a otro extremo del pasillo.

—Su sombra... —comenzó a decir el hombre.

—Se agiganta. Sí, lo sé —completó Dorian mientras daba la vuelta—. Ya dijo eso antes. ¿La sombra de quién? ¿Alguien lo obligó a... hacer lo que hizo?

Benz siguió hablando con una voz ronca y profunda. Ceceaba porque le faltaban dientes, entre ellos un incisivo frontal superior. Dorian tuvo que esforzarse para oír y descifrar sus palabras.

—El Eterno... todo lo ve. La sumisión será recompensada. La resistencia... será castigada.

—¿Quién es el Eterno? —preguntó Dorian mientras se acercaba.

Benz detuvo su tarea. Se apartó de la pared, dio un paso corto, se inclinó sobre la cama y con reverencia deslizó la mano abierta sobre esa imagen extraña que parecía representar una forma de vida.

—Su mensajero.

Dorian contempló la burda imagen.

—¿Ese es su mensajero? ¿El mensajero del Eterno?

—Yo... obedezco —dijo Benz mirando al ídolo, y lo repitió una y otra vez—. Obedezco. Obedezco. Obedezco...

Dorian se sobresaltó al oír unos golpes en el ventanal de observación. Miró a Zimmerman, que lo miraba con el ceño fruncido mientras se tomaba nerviosamente la muñeca para indicarle al comandante que debía apurarse. Dorian asintió con la cabeza. Cuanto más tiempo permaneciesen ahí, mayor era el riesgo de ser descubiertos.

Dorian caminó rápidamente hacia la puerta y echó una última mirada a esa figura garabateada con sangre que representaba a una especie de deidad, mensajero o lo que fuese, y a su devoto esclavo.

Cuando se marcharon, Zimmerman no podía parar de transpirar y miraba nerviosamente en todas direcciones. Ya habían recorrido la mayor parte de la distancia de regreso sin incidentes y estaban a sólo unos metros del Depósito B cuando un pitido agudo los hizo detenerse.

Era el teléfono de Zimmerman. La médica y el comandante se miraron. Era evidente que Zimmerman dudaba en atender. Respiró hondo, sacó el dispositivo del bolsillo, presionó un botón, y habló.

—Aquí Zimmerman —dijo, con voz entrecortada.

Dorian oyó que alguien hablaba al otro lado de la línea. No entendía lo que decían, pero sonaba urgente.

—Sí, señor —dijo Zimmerman, y cortó. Se volvió hacia el comandante.

—Hubo una emergencia en la sala blanca. Después te alcanzo. —Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo con una mano temblorosa y salió corriendo.

\*\*\*

Quince minutos después, Dorian encontró a Bekkins fuera del Depósito B. La sargento se veía mucho mejor, pero el comandante no quería arriesgarse a que sufriera una recaída.

—Fuera, Bek. Te relevaré —le dijo.

Bekkins tenía cicatrices de arañazos en las manos. Sin embargo, tenía la cara y los ojos despejados.

—¿Seguro? —preguntó.

—Sí, descansa un poco.

—Entendido, señor —respondió Bek, y se alejó.

Durante la primera hora, el tiempo transcurrió lentamente. El pasillo estaba desierto. Dorian no podía dejar de mirar en dirección a la puerta del depósito mientras recordaba la figura de Spanneti de pie dentro del lugar, perdido en la contemplación de la reliquia.

Cuando no miraba hacia la puerta, Dorian analizaba sus próximos pasos. Estaba preocupado por su equipo, especialmente después de la conversación (por ponerle un nombre) que había tenido con Benz. Al principio sintió que el dolor de cabeza recrudecía, pero después de la primera hora el dolor se alivió. Cuanto más tiempo pasaba, más paz sentía. Pronto se encontró inclinado contra la pared cerca de la puerta, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Al darse cuenta, levantó la cabeza bruscamente y se alejó. Sin embargo, pronto detuvo sus pasos y volvió a apoyar la espalda contra la pared, adormilado y con los párpados entrecerrados...

Su cuerpo estaba en otra parte. Su... ¿alma? ¿Espíritu? Fuese lo que fuese, estaba flotando. Se sentía tranquilo y satisfecho, libre de dolor. El vacío mismo era simplemente la ausencia de

todas las cosas. No había nada. De pronto, se oyó una voz que emanaba de ninguna parte y de todas partes a la vez.

—La cuenta regresiva ha comenzado. Estás entre los elegidos.

La voz parecía resonar en todo su ser.

—¿Qué elegidos? —preguntó Dorian.

—Los siervos del Eterno —respondió la voz.

Y entonces Dorian comprendió que todo lo que lo rodeaba, esa sensación de serenidad, no era más que un espejismo, un simple truco estúpido.

—Yo no soy *siervo* de nadie —respondió.

—Obedecerás —insistió la voz. Ahora se oía más enérgica, aunque de alguna manera seguía siendo relajante.

Dorian respondió:

—Lo que intentas hacer aquí no funcionará. Será mejor que te rindas, porque te atraparé, ¿me oyes? Aléjate de mí y de mi equipo. Si no lo haces, te perseguiré y te atraparé. Escucha lo que te digo, alienígena de...

IAA...

El grito resonó como un cuchillo al rojo vivo atravesándole el cerebro. Dorian se dobló hacia adelante, cerró con fuerza los ojos y se tapó los oídos, pero eso pareció ser peor: el sonido estaba *dentro* de su cabeza.

Después de lo que pareció un minuto completo, el sonido se detuvo. El dolor de cabeza de Dorian era más fuerte que nunca. Abrió los ojos lentamente, imaginando que vería el pasillo externo al Depósito B.

Pero no fue eso lo que vio. Estaba *dentro* del depósito. La reliquia flotaba sobre el pedestal como una marca negra hecha sobre la realidad misma, como una brecha en el tiempo y el

espacio. El comandante imaginó cómo debió haberse visto desde afuera unos segundos antes, parado frente a la reliquia, sin sentir nada, exactamente como se veía Spanneti.

Dorian se frotó las sienes mientras caminaba hacia la puerta. Quería hablar con Zimmerman sobre la emergencia de la sala blanca y luego reunir al equipo para comentarles lo que acababa de pasar.

Y además, necesitaba más de ese cóctel especial de medicamentos.

\*\*\*

Minutos después, Dorian estaba en el Pabellón de oficiales C, presionando el botón de la puerta de Zimmerman.

No hubo respuesta.

El comandante seguía usando su traje táctico. La voz del teniente coronel Sparks irrumpió a través del canal seguro de los auriculares.

—Comandante Dorian, habla Sparks. Hace una hora que busco a la teniente Zimmerman.

¿Acaso el teniente coronel sabía que Dorian estaba parado frente a la puerta de la médica?

—Yo... Yo no la he visto, señor

—Si la ves, comunícate de inmediato. —Sparks finalizó la transmisión. Dorian tomó el teléfono y marcó el número de la médica.

Un pitido ahogado sonó del otro de la puerta.

Quizás estaba en la ducha... Pero hacía una hora que Sparks trataba de encontrarla. Era una ducha muy larga.

El personal de seguridad tenía un código maestro para destrabar todas las puertas del pabellón en caso de emergencia. En vista de los últimos acontecimientos, el comandante creyó que su uso se justificaba en ese momento. Introdujo el código en el teclado que estaba junto a la puerta y se abrió de inmediato.

Dorian entró a la habitación. Zimmerman estaba acostada en su litera, vestida con una camiseta y pantalones cortos. Tenía los labios azules y la piel tan blanca que parecía un fantasma. Los ojos y la boca estaban completamente abiertos. Las piernas tenían un tono púrpura. La mano izquierda descansaba junto al cuerpo, y la derecha colgaba del borde de la cama. En una de las muñecas se veía un corte vertical hecho con absoluta precisión. La sangre cubría las sábanas y gran parte del piso de metal.

El comandante corrió hacia ella y le puso los dedos en el cuello. No había pulso. Comenzó a aplicarle compresiones cardíacas, aunque en el fondo sabía que era inútil. Era claro que llevaba muerta demasiado tiempo como para revivirla. De todas formas siguió intentándolo durante varios minutos hasta que sus brazos se rindieron. Se arrodilló con un gemido. Los pensamientos se arremolinaban en su mente. ¿Ella misma se había hecho esto? ¿Había sido otra persona? Si era ella, ¿por qué lo había hecho?

Levantó la vista y observó que las puntas de dos dedos estaban cubiertas de sangre. La imagen le recordó al profesor Benz.

Dorian giró y contempló la pared opuesta a la cama.

Había dos palabras escritas, que se repetían una y otra vez, en letras grandes de color rojo que brillaban sobre la superficie blanca:

NO OBEDECERÉ. NO OBEDECERÉ. NO OBEDECERÉ...

\*\*\*

—No puedo creer que esté muerta.

Bekkins estaba cansada y se notaba. Además, estaba atónita, como todos ellos (excepto, quizá, Cranston). El equipo se había reunido en la habitación de Dorian. Las miradas perdidas y el silencio que reinaba en el lugar reflejaban que aún no terminaban de creer en lo que había sucedido. Desde luego, el único que no parecía impresionado era Cranston. Simplemente miraba a Dorian con ansiedad, como un perro que espera que su amo le arroje una pelota.

—¿Qué dijo Sparks? —quiso saber Bek.

—Aún no le dije nada —respondió Dorian. Al ver la conmoción en las caras que lo miraban, continuó—. Creo que Moebius oculta un alienígena, un xenomorfo, en el "Ala negra" del Sector Seis. Y creo que se está metiendo en nuestros cerebros. Eso es lo que nos causa malestar, lo que nos hace ver y oír cosas. Eso es lo que nos está destruyendo, para poder controlarnos.

Spanneti asintió, Bek se mantuvo impassible, Hopper apartó la mirada y Cranston simplemente sonrió. Dorian siguió hablando.

—También sospecho que está usando esa reliquia que capturamos como una especie de amplificador.

—Quizá tenga razón, señor —dijo Spanneti—. Tiene sentido.

—No informé lo de Zimmerman por un par de motivos —prosiguió Dorian—. No sé si el xenomorfo alcanzó a alguien más y, si es así, hasta dónde llegó. Sparks no parece tener muchas ganas de hacer una investigación adecuada sobre el episodio del profesor Benz...

—¿Usted cree que el xenomorfo alcanzó a Sparks? —preguntó Hopper.

—No lo sé —admitió Dorian—. Yo no le caía muy simpático al comandante anterior, Braxton, pero creo que me escucharía. Lamentablemente, no tengo manera de comunicarme con él. Sparks me dio a entender que está en una operación especial.

—Entonces... tenemos que avisar a los niveles superiores —insistió Hopper.

—¿Estás diciendo que debemos usar los *canales adecuados*? —Las palabras de Bekkins estaban cargadas de mordacidad—. ¿Tienes idea del tiempo que demorará eso?

—Ella tiene razón —confirmó Dorian—. Incluso aunque logremos eludir a Sparks, ¿cuántos más pueden morir mientras tanto?

—Listo —interrumpió Spanneti—, agarramos la reliquia esa y la tiramos bien lejos o la escondemos en algún lugar...

—Nadie toca la reliquia —advirtió Dorian—. Si tratamos de hacerle algo, el xenomorfo se dará cuenta de que pasa algo.

—Dijiste que no informaste lo de Zimmerman por un par de motivos —intervino Bekkins—. ¿Cuál es el segundo motivo?

—Para ganar un poco de tiempo. Para *mí*. No voy a involucrarlos. Lo que pienso hacer va contra todas las reglas. Puedo terminar frente a una corte marcial o algo peor. Carajo, puedo terminar muerto. Pero si todo sale bien... Son muchas las vidas que se salvarán si evito que ese alienígena haga lo que sea que planea hacer. Así que para mí, valdrá la pena. —Dorian los miró uno a uno antes de seguir hablando—. Lo que pienso hacer es matar a ese hijo de puta.

\*\*\*

El comandante no esperaba que el grupo se uniese a su plan. No quería que ellos también se arriesgasen. Sin embargo, a pesar de que algunas veces había sido un verdadero fastidio, Zimmerman les había salvado la vida *a todos* en diferentes situaciones. Y todos se sentían culpables por no haber podido ayudarla cuando lo necesitó. Juraron vengar su muerte destruyendo a esa cosa que se la había llevado.

Y por eso todos se sumaron al plan, incluso Hopper. Y no aceptaron la negativa de Dorian, aunque en un principio se sintieron un poco confundidos acerca de su plan.

Infiltrarse en el Sector Seis no sería fácil. Podía haber defensas automáticas, y podían encontrar también resistencia humana. Las torretas automáticas no eran un gran problema, pero ¿y las vidas de esos inocentes?

—Balas no letales —había dicho el comandante—. Munición de bloqueo. Lo mismo que usamos en operaciones de pacificación. —En algunas ocasiones, las poblaciones nativas de un lugar se resistían al intento de la Fuerza Moebius por capturar algunos objetos de importancia. Si los nativos no usaban armamento letal, la Fuerza Moebius implementaba medidas que no fuesen mortíferas. Las municiones de "bloqueo" causaban una especie de cortocircuito en el sistema nervioso central y dejaban a la víctima inconsciente durante 20 a 45 minutos.

Una vez que se pusieron de acuerdo, todos tomaron dosis del brebaje de Zimmerman y fueron a buscar las municiones adecuadas en la armería. Aún quedaba otro factor de seguridad para el que tenían que estar preparados: las cámaras del sector.

Gracias a la relación que Zimmerman había entablado con Watkins (y a la visita realizada al profesor Benz), Dorian conocía los horarios del guardia de seguridad. La cena se servía en el comedor justo antes de que Watkins comenzase su turno. El comandante había robado algunos sedantes de la habitación de Zimmerman, pero lo que no sabía era qué dosis se necesitaba o cuánto tiempo tardaba la droga en hacer efecto. Después de investigar y responder esas preguntas, para Spanneti resultó relativamente fácil dejar caer su bandeja para causar una distracción y permitir que Bekkins pudiese echar los sedantes en la bebida de Watkins.

Dorian también contaba con que nadie descubriese el cuerpo de Zimmerman antes de que él pudiese ejecutar su estrategia o, si lo encontraban antes, que nadie notase de inmediato que la insignia de acceso de la médica había desaparecido.

El comandante había considerado la posibilidad de realizar una evacuación de emergencia, pero era obvio que eso atraería más atención (con más rapidez) de la que deseaba. Por lo tanto, Dorian y su grupo simplemente entraron al sector armados y con sus trajes tácticos. La idea era avanzar con las armas enfundadas, y asegurarse a cualquiera que preguntase que no había ningún motivo de preocupación (y *también* esperar que en algún lugar, en una habitación repleta de monitores, Watkins ya estuviese durmiendo en su silla).

Hasta ahora, todo iba bien.

Atravesaron las áreas externas y luego ingresaron en el ala de aislamiento, para llegar (si tenían suerte) al área central del sector. Dorian pensaba que podrían haber tomado otro camino, pero lo bueno del ala de aislamiento era que ahí parecía haber poca gente. Después de su encuentro con Benz, Dorian sabía por qué.

En el área pasaron por varias celdas vacías en su camino hasta el profesor. Pero antes de llegar a esa puerta, Dorian y su equipo encontraron otra habitación ocupada...

En la celda había una mujer. Los trozos de tela que se había arrancado del uniforme dejaban ver los cortes y las marcas en su piel. Algunas heridas eran recientes; otras estaban cicatrizando. La mujer estaba decorando las paredes con el mismo método espantoso que había usado Benz.

Giró y observó a Dorian con una mirada cargada de maldad. De la nariz casi destrozada salían chorros de sangre que llegaban a la boca y caían por la barbilla.

Lo contempló unos segundos, presionó el dedo justo debajo de la nariz y se volvió para seguir con ese entretenimiento espeluznante. Usaba el dedo como pincel para completar ciertos símbolos esotéricos. ¿Sería esta la "emergencia" por la que habían llamado a Zimmerman? Era posible, aunque eso no importaba mucho ahora.

Dorian le había explicado al equipo lo que había visto en la celda de Benz. En silencio, todos pasaron de largo por la puerta de la celda donde estaba la mujer. Pocos metros más adelante, el comandante miró a través del ventanal de observación de la celda de Benz.

El mosaico de símbolos crípticos se había expandido y ahora abarcaba el ventanal. En el extremo derecho, junto a la puerta, los símbolos se apretujaban y formaban una capa opaca sobre el vidrio. Las espirales y las diagonales se dispersaban hacia la izquierda. El comandante estaba concentrado en una de las extrañas marcas cuando una forma que supuso que era Benz chocó súbitamente contra el vidrio y golpeó una mano bañada en sangre frente a su cara. Dorian retrocedió y observó la figura grotesca sin poder dar crédito a sus ojos. El profesor se había arrancado casi todo el uniforme y casi toda la piel. A través de la cara destruida del anciano podían verse los músculos. La mayor parte de la epidermis había desaparecido, salvo por unas tiras de piel que aún estaban adheridas a la nariz y el cuero cabelludo. Al profesor le faltaba una oreja.

El anciano emitió una palabra a través de sus fauces sin dientes. Dorian apenas pudo entender lo que decía.

—Obedezco. Obedezco. Obedezco...

El comandante oyó las exclamaciones de espanto y horror de los miembros del equipo a sus espaldas. Se alejó y siguió caminando. Miró hacia atrás, y les indicó a los demás que lo siguieran.

En las profundidades del sector, más allá del área de aislamiento y a través del laberinto de pasillos, la insignia de Zimmerman les permitió acceder a un área de vestuario. En el extremo

opuesto se veía una compuerta hermética. A lo largo de la pared derecha había una fila de trajes de protección, destinados a cubrir el cuerpo de la cabeza a los pies.

Bekkins miró a Dorian con confusión.

—¿Tenemos que ponernos eso para seguir avanzando?

—Sí —respondió el comandante, y se volvió a los demás—. Muy bien, póngase esos trajes pero tengan las armas preparadas.

El equipo siguió sus órdenes. Aunque Dorian no sabía con certeza hasta dónde les permitiría llegar la insignia de Zimmerman, logró abrir con éxito la primera compuerta y también la segunda.

El siguiente lugar al que llegaron era una sala enorme. El techo estaba a una altura de dos pisos, y de él colgaban grandes ventiladores. Los técnicos trabajaban afanosamente, concentrados en sus estaciones de trabajo destinadas a experimentos con biorganismos (o eso le pareció a Dorian). Había organismos (y partes de organismos) que el comandante no pudo identificar, y otros que reconoció al instante: algunos trozos de zerg estaban conectados a tubos y monitores, otros eran diseccionados por brazos robóticos dentro de unas cápsulas protectoras, y otros estaban sumergidos en grandes tanques que tenían un líquido transparente. A lo largo de la pared de la izquierda había una enorme cámara de observación que abarcaba la mitad del largo de la sala y que parecía reservada exclusivamente para guardar talo, la materia viviente usada por los zerg para alimentarse. La biomateria cubría diferentes partes del vidrio y, según Dorian pudo ver, en el interior de la cámara se había esparcido por las paredes. Una luz tenue latía a través de la sustancia espesa y pegajosa, y bañaba toda la habitación con su espeluznante fulgor púrpura.

¿Sería esta el "Ala negra"? Dorian creía que no. No había señal de un solo alienígena de cuerpo entero que no estuviese muerto. El comandante miró hacia el extremo opuesto del salón y vio que había otra compuerta hermética.

La mayoría de los técnicos estaban absortos en su tarea. Dos de ellos los observaron e hicieron una pausa, pero no dijeron nada. Dorian estaba a diez metros de distancia de la compuerta

cuando oyó una voz conocida. Había un hombre parado a la izquierda del comandante, con las manos en la cintura, que le gritaba a través de su máscara a un técnico que se veía abrumado. Era Sparks. Dorian observó la pistola sujeta a la pierna derecha, fuera del traje.

Al finalizar su diatriba, Sparks giró y dio dos pasos antes de detenerse paralizado mientras contemplaba a Dorian y al resto del escuadrón Brutal. Los ojos del teniente coronel se posaron en las armas que llevaban. Dorian dio un paso adelante en dirección a Sparks con el brazo izquierdo levantado y la mano abierta para tomar su arma, pero Sparks ya había manoteado su pistola y la había desenfundado.

—¡Tiren sus armas! —gritó Sparks mientras les apuntaba con la suya. Dorian se abalanzó para sujetar la muñeca del teniente coronel. Sparks estiró la mano hacia arriba y disparó contra los ventiladores del techo.

En ese momento comenzaron los gritos. Al comandante le pareció ver una estampida en dirección a la compuerta por la que había entrado. Luego se oyeron disparos. Dorian supuso que su equipo estaba disparando balas no letales para evitar que los técnicos escapasen y diesen la alarma. Sin embargo, apenas pudo tener una visión periférica de todo esto mientras seguía forcejeando con Sparks. El teniente coronel sujetaba la muñeca de Dorian en un intento por tomar su arma. Los dos hombres iban y venían tratando de doblar al otro, mientras se acercaban cada vez más a la estación de trabajo en la que el teniente coronel había estado de pie unos minutos antes. Sparks era fornido para su edad y luchaba con todas sus fuerzas. Varias veces le aplicó rodillazos para intentar que Dorian se doblase en dos. En respuesta, el comandante contraía el abdomen para esquivarlo, y finalmente consiguió darle una patada que le acertó al teniente coronel justo en el vientre.

Sparks retrocedió tambaleante y se golpeó la cabeza contra un tanque cilíndrico que contenía lo que parecía haber sido un ácaro zerg. El teniente coronel cayó de costado, y a través del vidrio roto comenzó a emanar un líquido amarillento que manchó su traje. Un instante después, el recipiente terminó por desmoronarse. Todo el resto del líquido y el alienígena muerto cayeron encima del oficial. Sparks se sacó el zerg de encima en medio de insultos.

Dorian levantó su arma y disparó las balas de "bloqueo". El teniente coronel lanzó un gruñido al sentir el impacto, quedó paralizado unos segundos y finalmente se desplomó inconsciente.

Dorian se detuvo para recuperar el aliento y miró a su alrededor. Varios cuerpos vestidos con uniformes de laboratorio yacían boca abajo en la sala, cerca de la compuerta de salida. Sin embargo, algo había salido muy mal: un líquido carmesí bañaba los guardapolvos blancos y formaba charcos en el suelo.

Estaban muertos. Estaban todos muertos.

Los miembros del equipo estaban parados entre los cuerpos y los contemplaban. Luego miraron a Dorian, que se acercaba con paso vacilante mientras se quitaba la máscara.

—¿Qué carajo...?

—Fue Cranston, señor —dijo Bek, que se había sacado la máscara—. Se volvió loco y comenzó a disparar balas de verdad. —Apuntó con su arma a uno de los cuerpos. A través del visor, el comandante vio que se trataba de Cranston, que sangraba por varias heridas—. Tuvimos que cambiar los cargadores y matarlo antes de que nos matara a nosotros.

La cabeza de Dorian daba vueltas. El dolor volvió con fuerza y le taladró los pensamientos. Los otros miembros del equipo se habían sacado las máscaras.

—Algunos técnicos lograron escapar, señor —dijo Spanneti—. ¿Quiere que los persigamos?

¿Cuántos muertos había? Dorian observó la matanza: ocho cuerpos, incluyendo a Cranston. Esto no debió haber sucedido...

—¿Señor? —dijo Spanneti.

Finalmente, el comandante sacudió la cabeza.

—No, no... Tenemos que seguir avanzando. —Dorian se abrió el traje y se lo sacó mientras caminaba hacia la próxima compuerta. Trató de usar la insignia de Zimmerman, pero no funcionó. Entonces vio el escáner biométrico.

Spanneti y Dorian arrastraron a Sparks, que seguía inconsciente, hasta el lector de retina, lo sostuvieron y mantuvieron abiertos sus párpados durante unos segundos que parecieron eternos. Se sintieron aliviados al recibir la luz verde.

La puerta se abrió. Una vez que el comandante y su equipo pasaron, fue necesario repetir el proceso para abrir la siguiente puerta. Finalmente, llegaron al "Ala negra".

\*\*\*

El nombre "Ala negra" era perfecto. Todo el lugar estaba hecho de un metal negro lustroso. En los bordes superior e inferior de las paredes se veían filas de luces azules que titilaban, y se abrían pasillos a ambos lados. Ante Dorian se alzaba una estructura semicircular sin una puerta que pudiera distinguirse.

Sintió náuseas. Las imágenes de los técnicos tirados en medio de los charcos de sangre se repetían una y otra vez en su mente. Eso no estaba bien. Eso no debió haber sucedido.

Una alarma comenzó a sonar estrepitosamente. Alguno de los técnicos que habían escapado debió avisar acerca de la violación de seguridad. En las paredes y el suelo se abrieron unas placas y aparecieron las torretas automáticas. Junto a Dorian, Spanneti se apoyó en una rodilla, disparó dos veces, dejó caer un cargador vacío y estiró la mano hasta el muslo para tomar uno nuevo. Siguió disparando sin parar.

Esos cuerpos. Eso no debió haber sucedido. Estaba mal. Había algo en todo esto que estaba mal...

Los disparos siguieron retumbando en las paredes y los pasillos. Al girar, Dorian sintió que se movía en cámara lenta. En la sala, a su izquierda, estaba... Zimmerman. ¿Zimmerman? Lo miraba fijamente. A través de la piel pálida se notaban las venas, de color azul como sus labios. Su rigidez contrastaba con la fluidez de sus movimientos al girar y caminar hasta desaparecer por el pasillo.

El dolor de cabeza de Dorian se intensificó aún más. Todo esto estaba mal, muy mal.

Dorian la siguió y trató de apresurarse para alcanzarla. Al adentrarse en el área, vio que las paredes se curvaban. Dorian dobló en una curva y vio que Zimmerman desaparecía en una sala a la derecha.

*Tuvimos que cambiar los cargadores...*

El comandante llegó a un pequeño pasadizo. Zimmerman estaba parada en el otro extremo. Una pared curva de color negro se alzaba a espaldas de la médica. Dio un paso hacia atrás y *penetró* en el muro.

Dorian avanzó tambaleante. Las imágenes inundaban su mente febril: las víctimas tiradas, cubiertas de sangre; los miembros del equipo, parados en medio de los cuerpos vestidos con uniformes de laboratorio, contemplándolos; Spanneti, que dejaba caer su cargador y tomaba otro de su bolsillo en la pierna; Cranston, con esa sonrisa inocente y distraída...

El comandante llegó a la pared y la tocó. Oyó varias pisadas a sus espaldas. Se dio vuelta y vio que Hopper, Bekkins y Spanneti lo observaban detenidamente. Dorian los contempló y sacudió la cabeza.

—No es posible que hayan cambiado los cargadores —dijo—. Los cargadores con las balas de verdad... estaban en los bolsillos de sus pantalones. No pudieron tomar los cargadores sin sacarse los trajes protectores.

—Cálmese, señor —dijo Bekkins—. Su mente está confusa. —Los tres estaban parados muy cerca de él y bloqueaban la salida. Lo miraban con recelo.

—Tenían balas de verdad desde un principio. —La mano de Dorian se tensó sobre el arma—. Y Cranston... debe haber sido el único que *no* asesinó a los técnicos. El xenomorfo no pudo meterse en su cerebro por todas esas lobotomías...

—Todo estará bien, —dijo Spanneti—. Llegamos al final. Todo estará bien.

Dorian levantó su rifle.

—Bajen las armas —ordenó.

—No tiene sentido resistirse, señor —dijo Hopper. —Ya lo intentamos.

—Los mataré si es necesario —dijo el comandante, mientras movía su arma de un lado a otro para apuntarles a los tres. A sus espaldas se oyó un sonido apagado, como si algo macizo se deslizase lentamente. Dorian sintió una brisa suave en la nuca y un resplandor cálido iluminó las caras de los soldados que lo miraban resueltos.

—Yo... Yo...

Dorian se dio vuelta y miró hacia arriba. El xenomorfo estaba ahí, parado en una entrada. Era muy parecido a la imagen que Benz había pintado en la pared. Una cruz entre las anatomías protoss y zerg, con una cara delgada, un gran caparazón, placas segmentadas sobre las extremidades enjutas, y enormes garras negras. Era una figura alta, gigantesca, una presencia dominante extraña y única, un alienígena. Y sus ojos... Los ojos le recordaron a Dorian la superficie de color negro de la reliquia. Un vacío vasto e inconmensurable aguardaba tras las órbitas de esos ojos. Dorian sintió que lo atrapaban y se perdía.

—Yo...

Sólo existía el abismo. Sólo existía la sombra del Eterno, que se agigantaba más allá del olvido. Aquellos elegidos para permanecer junto a él eran afortunados. Los xenomorfos, los mensajeros híbridos, hacían cumplir la voluntad del Eterno. Y luego estaban los elegidos, sus siervos.

Dorian giró para mirar a sus compañeros. Al contemplarlos, sus ojos reflejaron las órbitas negras del híbrido. Con una voz que ya no era la suya, dijo:

—Obedezco.